



III

LA EUCARISTÍA EN LA EDAD MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

CAPÍTULO XXIV

Templos de la Santa Eucaristía.

SUMARIO

El arte y la Religión Católica: **341**. Arquitectura de los templos.—
342. Escultura y pintura de los mismos.—**343**. Bienes y riqueza de id.—**344**. Sus ministros y funciones religiosas.—**345**. Canto y música.—**346**. Actos prohibidos en los templos.

El arte: la manifestación sensible de lo bello, como la filosofía y el dogma son la ostensión de lo verdadero, y como la moral y la religión son la revelación práctica del bien, debe ocupar nuestra atención al historiar los templos eucarísticos de la edad moderna y contemporánea. El arte busca lo bello, pero lo bello completo, le alcanza, le toma en sus brazos, lo estudia y forma con él admirable consorcio para engendrar en el terreno práctico las sensibles producciones de lo hermoso. Mas lo bello completo está en Dios, ya que Dios es la belleza perfecta; y sus obras creadas, las obras del universo, no son más que irradiaciones

de la Belleza por esencia. El arte, por consiguiente, es una emanación de la Divinidad, y Dios es el Soberano é Inmenso Artista, cuyas obras maestras de arte repartidas por la creación están. Todo es bello en la creación, desde la humilde gramínea que se cría en el prado hasta las crestas del Everest en el Himalaya; y el arte, respecto de estas creaciones, no tanto está en saberlas copiar exactamente cuanto en idealizarlas de tal manera que en sus vivos coloridos se refleje obrando la mano del Supremo Artista que las creara. Éste y no otro fué el ideal que el Eterno se propuso al crear esas grandiosidades que diseminó armónicamente por el globo; mas la santa Religión, por el mismo Autor fundada, no sólo debía ser bella, antes bien, la maestra de lo bello. En efecto, el Catolicismo tiene á lo bello por objeto, y en este punto está identificado con el arte. Lo bello es el esplendor de lo verdadero, su nimbo refulgente; y siendo el Catolicismo la única verdad excelsa, y su obra, ensanchar los puros horizontes de la misma para iluminar á todo el mundo, se vale del arte, produciéndolo él también á fin de que le sirva como de aureola que le dignifique y engrandezca, y por su medio sean atraídas hacia Dios las miradas vacilantes de los hombres. Proposición eminentemente real, según la que el puro hombre cree, espera y ama al Hombre Dios, porque en Él ve con brillantes coloridos su inmensidad, su infinidad, su santidad, su bondad, su sabiduría y su amor, esparciéndose mágicas sobre la creación, y produciendo las dulces notas de la variedad en la unidad, de lo sorprendente en lo sencillo, de lo terrible en lo simpático, de lo inmenso en lo pequeño, de la suma belleza, en una palabra. ¿Por ventura puede haber mayor esplendor en lo verdadero por esencia? El arte debió ser tal, y la Iglesia Católica, encarnada, por decirlo así, en el arte, halló á éste en sí misma, porque lo buscó en su Autor, devolviéndolo á todas sus lindas obras, porque estaba en Ella. Es más: la Iglesia aspira sin interrupción la Belleza sin igual, se nutre diariamente de Ella, vive en Ella y por Ella: los gratos esplendores de esa Realidad misteriosa, después que envuelven admirable-

mente á la Iglesia, y en cierto modo la clarifican, son esparcidos por divino artificio sobre todas las demás creaciones: como sobre todos los demás seres son esparcidos los rayos del sol, después que han saturado de luz vivificante al objeto colocado entre éste y aquellos seres. Á la vista salta que me refiero al luminoso Misterio de la Eucaristía, bello entre las bellezas del Universo. Entre el arte, pues, y el Catolicismo, embellecido por el Dios sacramentado, no puede haber unas analogías más exactas, ni una afinidad más completa.

El arte necesita pulsar la *sensibilidad*; el genio que no siente no es artista: y el Catolicismo no hace más que pulsar el corazón humano para animarle, elevarle y engrandecerle; sin sentimiento, ¿cómo se comprenden las conquistas de la Religión? Al arte precisa la *energía*; sin voluntad enérgica ni hay moción, ni grandeza de actos: y el Catolicismo cuenta con el poder de la voluntad fuerte, resistente é indomable, cuando es necesario. El arte debe tener *gracia*; sin el imán de la gracia producirá un cuadro muerto, frío y repulsivo: y, ¿qué gracia no posee el Catolicismo para cautivar las miradas y llevar los pueblos hacia el bien? El arte se aconseja del *gusto*, el cual modera su generosidad ó la provoca, según las circunstancias: y el Catolicismo estudia la sociedad para propinarle sus remedios, según los tiempos. El arte lleva por requisito á la *unidad*; los colores, los matices, los personajes, las notas, ó las palabras, aunque variadas, deben estar combinadas de suerte que ofrezcan un solo cuadro: y el Catolicismo, variado en sus instituciones casi hasta lo infinito, es sólo único en número. El arte se apoya en la *realidad* y en el *idealismo*; sin la primera, el idealismo no sería de este mundo, y sin el segundo, la realidad parecería inerte: ¿qué más real que la verdad católica, y qué cosa más ideal que el carácter dulce y bondadoso del Salvador y de la Virgen, los éxtasis del ángel y la poesía del cielo? Si el arte se ha de expresar con *claridad*, siendo ésta su nota más simpática: el Catolicismo no puede ser más claro en su dogma, en su decálogo, en su liturgia. Si

el arte se acompaña de la *universalidad*, no habiendo asunto que no estudie y hermosee: el Catolicismo brilla en el mundo, informándolo y perfeccionándolo todo. Si el arte es *inmortal* porque lo es la belleza eterna: el Catolicismo se perpetuará al través de los siglos. Si el arte verdadero es *espiritual*, no trasluciendo sus efectos en la grosera materia, sino ennobleciéndola y rodeándola de cierto nimbo místico: el Catolicismo levanta del suelo á la humanidad para llevarla hasta Dios. Últimamente, si el arte verdadero es *santo*, porque sin manchar nada lo purifica todo: ¿qué más santo que el Catolicismo en su dogma y moral purísimos? Las analogías del arte y de la Religión, por consiguiente, no pueden ser más exactas. La belleza es su noble aspiración; la Belleza eterna en sí misma: objeto del Catolicismo; la Belleza eterna irradiada: objeto del arte.

¶ 41. Según estas ideas luminosas, nuestra Religión y el arte van estrechamente unidos en su objeto; el arte recibe de nuestra Religión los fulgores de la Belleza eterna, y con ellos viste sus hermosas creaciones. ¿Cómo, pues, desde un principio, la Iglesia no había de trabajar por crear un arte eminentemente cristiano, sin mezcla de impurezas, cuales eran las de los griegos y romanos, para ponerlo al servicio del Dios del Sagrario? Ya vimos que, después de la paz constantiana, sobre todo, el arte cristiano fué creándose á medida que la Iglesia adquiría fuerza, influencia, riqueza y predominio; y vimos las galas poéticas en boca de Prudencio Clemente; y las grandezas arquitectónicas y esculturales en las soberbias catedrales de Colonia, Milán, Reims y Burgos; y los finos pinceles en las manos de Giotto y Van Eyck; y las notas musicales en las *scholæ cantorum*. Pero, llega la Edad Moderna, esa edad que, teniendo su origen en los albores del Renacimiento, ha sido caracterizada por la completa revolución en las ideas, el prurito de novedad y el espíritu inquieto y turbulento: y entonces, la arquitectura, expresión del sentimiento religioso, comienza á sufrir las modificaciones de que está revestida la Edad en que se empleara. El estilo ojival, profundamente religioso

y eminentemente cristiano, pues todo él se auna para levantar y dirigir el espíritu al cielo, pronto será excluído de los templos, á causa de infinitos cerebros frívolos, que lo han de empujar hacia las modestas ermitas. Á decir verdad, así como en lo relativo á las bellezas griegas y romanas se halla engendrado el mal gusto, así también en lo que procede ó ha tomado algún matiz de las mismas, se refleja cierta fatal servidumbre á unas quiméricas bellezas que si tienen algo de magníficas serán los autores que las ensalzaron, y los que, ciegos en el uso de las mismas, las pregonaron por clásicas.

Italia, más que otro reino alguno, conservó rutinario afecto á sus antigüedades y bellezas greco-romanas, ya que en otro tiempo fué el emporio de la gentilidad; de ahí que tuviera también más hastío del estilo ojival, por cuya razón, jamás en su suelo pudo echar profundas raíces.

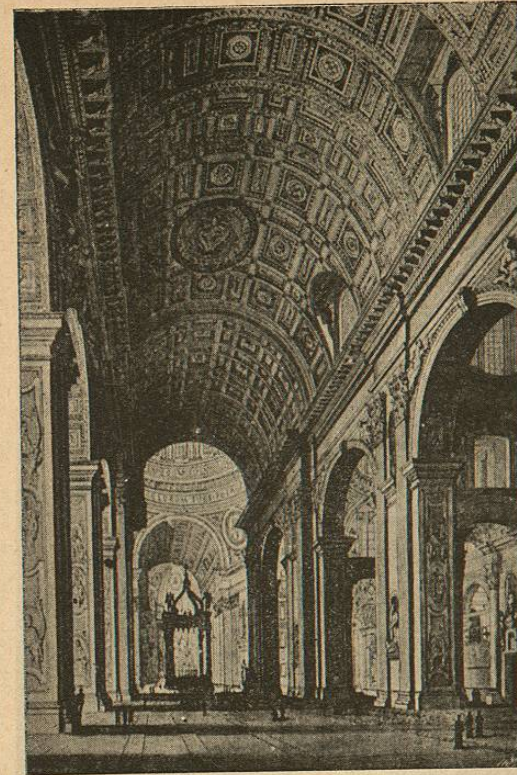
Desde últimos del siglo XIII y durante los dos siguientes, varios arquitectos italianos, entusiasmados hasta el delirio por el clasicismo antiguo, comenzaron á escribir y á levantar fábricas, de conformidad con lo que leyeron en obras de tan remotos tiempos, mezclando, y esto es lo más lamentable, lo pagano con lo cristiano medioeval. Eran ensayos del renacimiento en el arte, efecto de los ensayos del renacimiento en las ciencias, sobre todo en la filosofía. Contemplamos, sin embargo, monumentos hermosísimos de aquellos tiempos ó poco después, que hacen época en la historia de la arquitectura religiosa.

Entre éstos, el principal por sus enormes dimensiones, por su variada y rica belleza, y por ser el primero del Cristianismo, es S. Pedro del Vaticano. Derribada la gran basílica que Constantino levantara, el papa Julio II encargó los planos de la nueva á Bramante, quien, tomando por modelo la enorme cúpula del panteón, sujetó á ella sus dimensiones. Todo pasma en S. Pedro y hubiera sido aún más bella si su estilo fuera el puro gótico. Su fachada, levantada por Carlos Maderno, y midiendo de ancho 104 y de alto 41 metros, es de severo orden corintio sobre dibujo de

Miguel Ángel. Sobre su cornisamento se destacan 13 estatuas de 5 metros de altura cada una, de un solo peñón. Mas todo cuanto se diga del interior de esta descomunal basílica es poco; la primera impresión es de pasmo y anonadamiento, y sería necesario un gran volumen para describir las innumerables obras estéticas que en ella anidan. Dividida en tres naves de á 175 metros cada una, es coronada por la soberbia cúpula de 49 metros de diámetro, siendo la altura total del gigantesco edificio 140 metros. Debajo de la gran rotonda se halla el altar papal, cubierto por un atrevido baldaquino de bronce, mostrándose delante del altar la Confesión de S. Pedro. Las columnas, mármoles, bronce, esculturas, mosaicos, pinturas, bajo relieves, inscripciones, estucos, dorados: todo grande, atrevido, bello y rico, que diseminados ordenadamente están en dicho templo, ¿quién podrá contarlos y apreciarlos? La Basílica Vaticana es un inmenso museo de bellas artes, donde en él sólo puede estudiarse la historia de la belleza, no sólo principalmente del Renacimiento, pero también de las diversas épocas del Cristianismo. (*Fotograbado 87.*)

España, más aficionada á las elegantes construcciones de la Edad Media, no adoptó hasta últimos del siglo XV el estilo del Renacimiento que, al luchar con el ideal de aquéllas y con el aprecio que los españoles hacían del estilo mudéjar, declinó en un estilo particular, llamado *plateresco*. El Sr. Ferreiro (1) divide la arquitectura del renacimiento en España en tres períodos: el primero, que abraza el primer tercio del siglo XVI, es caracterizado por la superposición de varios órdenes greco-romanos en un mismo monumento; por la abundancia de raros dibujos, escudos de armas y medallones, y por lo poco que sobresalen los miembros de semejante arquitectura; usáronse arcos elípticos y de doble centro, y se enroscaron en las columnas varias imágenes de aspecto detestable y repulsivo. El segundo y tercero, que incluyen respectivamente los otros dos tercios del mismo si-

(1) Arqueología sagrada, Lec. 13.



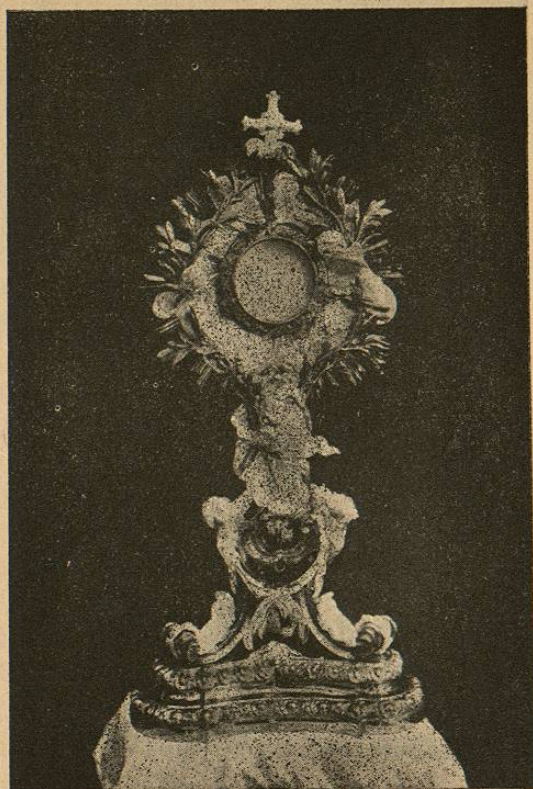
Fotograbado 87.

Interior de S. Pedro del Vaticano.

glo, vense manifestados por los desproporcionados medallones con cabezas de hombres, de irracionales y de otras extrañas figuras y por la construcción de ventanas rectangulares; las fajas que rodean á éstas son propias del tercer período. (*Fotograbado 88.*)

El Escorial, obra soberbia de mediados del siglo XVI, posee un estilo grave y severo, sin los festones, ni necedades de la época, pero su impresión es de religiosa melancolía.

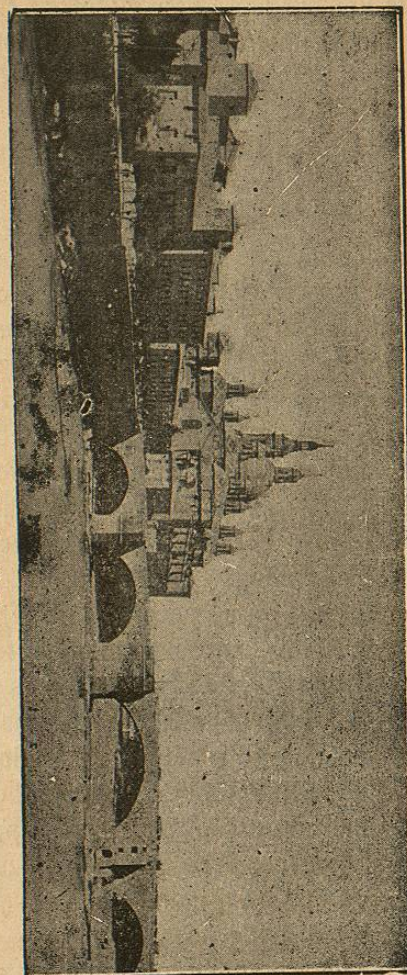
Á principios del siglo XVI se introdujo en nuestra patria el estilo *borrominesco* ó *barroco*, ingeniado por Borromi-



Fotograbado 88 ().*

Precioso Viril de la Minerva, de la ciudad de Sueca. Es de plata con elegantes retoques dorados. En la parte posterior del pie se lee, «Año 1565» fecha al parecer de su construcción.

ni, de quien, habiéndose enseñoreado el mal gusto de la época, revistió á la arquitectura de imágenes caprichosas, detestables á veces, por ser impropias del lugar sagrado. Angelotes enteramente desnudos, ó casi desnudos, jarrones, sartas de frutas, pámpanos, pabellones y otro sinnúmero de extravagancias, caracterizaban semejante estilo. (*Fotograbado 89.*)



Fotograbado 89.

Basilica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. —Comenzó á ser construída en 1681; y es un cuadrilongo de 500 pies de longitud, dominando el estilo barroco. Mas tarde, bajo D. Ventura Rodríguez, se levantaron las once gallardas cúpulas, que causan admiración verdadera.